

con éxito los exámenes de los grados académicos.

"Así mismo auguramos bien de la casa que las Hijas de la Caridad están á punto de abrir cerca de la nueva Iglesia de vuestro Santo patrón.

"Por nuestra parte, queridos hijos, la particular benevolencia que os profesamos no os faltará nunca, y á los testimonios que os hemos ya dado, Nos añadiremos otros en lo sucesivo.

"En lo que concierne principalmente, á la causa que Nos recomendáis de esa admirable dama que prestó ayuda poderosa á vuestro Santo fundador, también la apreciamos en lo mucho que vale y rogamos á Dios que se digne llevarla al término deseado.

"Entre tanto Nos acogemos con paternal afecto los sentimientos que Nos habeis expresado, los votos que haceis para nuestro jubileo episcopal. ¡Ojalá que el Dios de las bondades oiga estos votos y los que Nos hacemos subir al Cielo para vos, confiándolos de una manera especial á la intervención del gran Apóstol San Pablo y de su digno imitador San Vicente!

"¡Ojalá brille de día, en día, florezca y fructifique más y más la verdadera caridad, esa caridad que nace y se perfecciona en el Corazón mismo de Jesús "Nuestro Salvador, que no conoce límites, ni distinción de costumbres pero que opera la fraternal unión de todos en un solo corazón y en un solo pensamiento: esa caridad que es paciente, benigna, infatigable, que no sabe nunca decir, *basta*; que cuida de los cuerpos para salvar las almas, provee á las necesidades de este mundo, á fin de asegurar la de la eternidad.

"Con estos deseos y estos votos que hacemos á Dios, le pedimos derrame la abundancia de los bienes celestiales sobre todos los que os hallais aquí presentes, sobre los superiores generales de vuestras dos familias religiosas, sobre las comunidades y las personas que estais representando. A todos, y con la efusión de nuestro corazón, os concedemos y enviamos nuestra bendición apostólica."

MENSAJE

DEL PRESIDENTE DE COSTA RICA AL S. P

Santísimo y Beatísimo Padre:

El Jubileo de Vuestra feliz exaltación al Episcopado, es un acontecimiento peregrino en su clase en los anales de la historia, que con religioso entusiasmo celebra el orbe cristiano. Y no podía ser de otra manera; que vos, Santísimo Padre, no solo habeis sido para la iglesia Apostol esforzado é infatigable de sus sacrosantas doctrinas, sino tambien columna firmísima que ha sabido resistir todos los embates, todas las tormentas que contra ella se han dirigido. En ocacion tan solemne y por tan grandioso motivo, recibid santísimo Padre, la respetuosa y ferviente felicitación que os envío en nombre del pueblo católico de Costa Rica y en el mío propio.

Al desearos para el bien de la iglesia, y mayores merecimientos Vuestros largos años de glorioso pontificado, dignaos recibir tambien el homenaje de Vuestro muy obediente hijo (F) José J. Rodríguez [M] Manuel V. Jimenez, Ministro de Relaciones.

He aquí la contestacion del Papa:

Amado hijo mio, Ilustre y Honorable Baron, Salud y Bendición Apostólica.

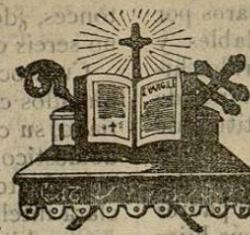
Con el mayor gusto hemos recibido la carta en que noblemente nos felicitais por haber cumplido el quinto decenio de Nuestro Episcopado, y que estimamos digna de Vuestra Fé y Vuestro amor filial.

Celebramos que Vuestra constante solicitud por el bien comun haya contribuido más y más á fomentar vuestros buenos sentimientos para con la Santa Sede, y por nuestra parte deseamos que los votos que manifestais hacer en nuestro obsequio, aprovechen no menos á Nos mismo que á la salud y gloria de la cristiandad entera.

Quedando en tanto agradecido en extremo á vuestra obsequiosa manifestación y pidiendo á Dios con toda el alma toda clase de prosperidades para vos, amado hijo, Ilustre y honorable baron, y para la República que presidis, os damos amorosamente la bendición apostólica.

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

Ant. Imp. de N. Parga. —D. Juan Manuel R.

RESP. JESUS BERRUECO.

TOM. VII. GUADALAJARA, JUNIO 22 DE 1893.

NUM. 36.

SECCION I.

Discursos de S.S. LEON XIII.

LAS CORPORACIONES QUE LO FELICITARON

En Su Jubileo EPISCOPAL.

A LOS PEREGRINOS DE ALSACIA.

Nos recibimos y agradecemos con la mayor benevolencia y gratitud las felicitaciones y los votos, los sentimientos de afecto y de fidelidad hácia Nos que vuestro Obispo y primer pastor acaba de expresar á Nos tan elocuentemente en su nombre y en nombre del piadoso Prelado que Nos ha sido muy grato darle por auxiliar, en nombre del venerable capitulo de su Catedral, de todo el Clero y de los fieles de la diócesis de Hasburgo.

Ya conocemos Nos la firmeza de vuestra fé y vuestra adhesión á esta Silla Apostólica y frecuentemente en graves circunstancias habeis dado testimonios brillantes.

Eso responde por lo demás perfectamente á los monumentos cristianos de vuestra historia, porque desde vuestros orígenes habeis estado unidos á la Santa Sede por lazos que nadie podrá romper jamás. En efecto, según habeis recordado en esta ocacion, venerable hermano, y según resulta de vuestros anales religiosos, de la autoridad y de los labios da Pe-

dro ha salido la palabra que enviaba á vuestra provincia su primer Apóstol S. Materno, de quien vuestros abuelos han recibido el Evangelio de salvación.

El grano de mostaza que ese gran misionero acababa de depositar en vuestro suelo tan eminentemente fértil, no podía dejar de trasformarse en un árbol vigoroso, circulando por sus venas una savia siempre fecunda. Además, entre vosotros la piedad sólida y las virtudes enérgicas, no han dejado nunca de florecer ni de producir admirables frutos de santidad.

En medio de los héroes cuyas imágenes figuran en vuestros altares, un lugar a parte era debido al gran Papa cuyo recuerdo habeis evocado con legítimo orgullo, y cuyo mismo nombre tenemos la felicidad de llevar.

Mero Obispo aun de una pequeña ciudad de vuestras regiones, aquel que había de llamarse León IX, sentía hácia Roma, silla de Pedro y centro de la unidad cristiana, una devoción tiernísima y muy filial. Todos los años venía en peregrinación, rodeado en toda ocacion de gran número de sus ovejas, á fin de ofrecer sus respectivos deberes al Jefe de la Iglesia Universal y solicitar su bendición. Con su ejemplo y con el ejemplo de vuestros antepasados, queridísimos hijos, habeis querido hoy acompañar al padre de vuestras almas y habeis venido con ocacion de Nuestro jubileo á honrar á Pedro en

ellos responder por su fidelidad y su amor.

"Y ahora, Nos enviamos en cambio Nuestras salutations y felicitaciones á S. M. imperial y Nos le damos gracias por su generosa munificencia de que ha dado también una prueba con los honores conferidos á dos miembros del Sacro Colegio, y uniendo nuestros votos á los de los católicos, sus súbditos, Nos le deseamos del Rey de los Reyes los bienes más deseables para la verdadera felicidad de sus pueblos.

"Dignaos, Monseñor, anunciar todo esto al Augusto Soberano, y Nos, acogiendo con todo corazón los sentimientos de adhesión filial de Nuestros muy queridos armenios, Nos os concedemos afectuosamente, á vos y á todos ellos, la bendición apostólica."

A NUESTRO AMADO HIJO ANTOLIN DEL TIT, DE SAN AGUSTIN DE LA S. R. I. GLESA, PRESBITERO CARDENAL MONESCILLO, Y VISO, ARZOBISPO DE TOLEDO

LEON PAPA XIII.—Amado Hijo nuestro. Salud y Bendición Apostólica. Ha llegado á Nos por tu mediación la gratísima felicitación colectiva del Episcopado español dirigida con motivo del quincuagésimo aniversario de Nuestra consagración episcopal.

Y por cierto que en ese documento hemos visto resplandecer no sólo la admirable unanimidad de los Obispos de ese católico reino, cuya conducta y propósitos los hacen idénticos, sino también esa identidad de afectos hácia Nos, lo cual concentra en este alcázar de la verdad las miras y ánimos de todos.

Cuánta deba de haber sido nuestra alegría por ambas cosas, fácilmente lo penetras en tu prudencia, y por lo mismo comprendes cuanta sea nuestra gratitud ante estos obsequios rendidos á Nos tan espontánea, oportuna y concordemente.

Deseamos, por tanto, que los sentimientos de nuestra benevolencia y gratitud se hagan patentes por tí á los demás Prelados de las diócesis de España,

quienes juntamente contigo suscribieron el Mensaje, y quienes por esto en la medida que la ocasión demandaba, gustaron hacerse muy merecedores de Nos.

Para tí, finalmente, amado Hijo nuestro, y para Ellos también pedimos de corazón á Dios todos los bienes apetecibles é imperecederos, en presagio de los cuales enviamos con el más acendrado amor la Bendición Apostólica para Vosotros, para el Clero y fieles confiados á vuestra vigilancia.

A LOS PEREGRINOS ITALIANOS.

Amados hijos:

Uno de los consuelos más suaves y deseados que recibimos en las faustas solemnidades de estos días es el que Nos proporcionan vuestra presencia y el pensamiento que os ha movido á venir aquí. También ayer recibimos bajo las bóvedas de este templo maravilloso que guarda las cenizas del Príncipe de los Apóstoles, el espontáneo homenaje de otros ciudadanos italianos, y, verdaderamente, es cosa bella que el amor al Papa traiga así, de cuando en cuando, á los peregrinos de esta Península á visitar el sepulcro del primer Pontífice; porque, si esta gloriosa tumba es para el mundo entero fuente de luz intelectual y de indefectibles esperanzas, también es humano principio de los particulares vínculos que unen estrechamente á la familia italiana con el Pontificado Romano. Y, en efecto, el día en que, juntamente con los restos mortales de Pedro, cupo en herencia á esta ciudad la Sede Apostólica, toda la Italia fué llamada á participar proporcionalmente en la misión y los destinos de esta privilegiada metrópoli.

Estos vínculos, que valieron á Italia un tesoro de beneficios, que fecundaron su génio, que en días de pavorosas catástrofes protegieron su independencia y su decoro, que la enaltecieron en gloria y grandeza y la conservaron durante siglos al frente de las naciones hermanas, estos saludables vínculos son en sí

mismos indisolubles, porque son obra de la Providencia; mas pueden alterarse en sus efectos por obra del hombre, y bien sabeis cuán profundamente han sido alterados durante estos últimos treinta años.

Una funesta política, contraria á los designios providenciales de que hablamos, pone toda su gloria en renegar absoluta y enteramente del pasado y en sustituir la armonía con el conflicto, siguiéndose de aquí la subversión y el escarnio de los derechos de la Sede Apostólica, el vilipendio de las creencias é instituciones católicas, y la promulgación de leyes que atentan contra los derechos de Dios. Jamás hemos negado que razonablemente deba tenerse cuenta del cambio de los tiempos; pero que, á una nación católica, tan privilegiada por la Providencia, se la quiera poner violentamente en lucha con aquella divina institución, á la cual está unida por singulares designios del cielo, es obra insensata que no puede conducir á buen término, porque en esta materia también es obligatorio aquel mandato que prohíbe separar lo que está unido por Dios. Y, seguramente, si se considerase bien la verdadera índole del Pontificado, su verdadera historia, la copia é importancia de los beneficios que Italia puede esperar de él, disminuiría muchísimo el número de sus enemigos y no tardaría en decirse la actitud que se debe adoptar. Pero desconfianzas injustas y rancios prejuicios perturban el recto entendimiento de algunos, y, por otra parte, son muchas las pasiones que hallan ventaja en mantener viva una disensión que no debió suscitarse, porque va contra la naturaleza, y es perniciosísima.

Ya que tal es al presente el estado de la cosa pública, los buenos ciudadanos deben aplicarse á prevenir, ó siquiera reparar, en la medida de lo posible, sus desastrosos efectos. Bien sabemos que en esta empresa han dado muy alto ejemplo muchísimos eclesiásticos y seglares, los cuales, en el modo y la medida que permiten las circunstancias, emplean

valerosamente tiempo é ingenio, celo y bienes de fortuna, en obras útiles y provechosas. Y para que la obra de los católicos se ajuste más rigurosamente á las presentes necesidades, tuvimos á bien no ha mucho dirigir Nuestra palabra directamente al pueblo italiano, á fin de comunicarle aumentos de luz y de valor.

Pues bien: que Nuestras palabras os sirvan de norma imprescindible, así en la esfera de las ideas, como en el terreno de la acción. No más discordias; no más debilidades; sobre todo, no más inercia, sino unidad en el fin y concordia en los medios; caridad recíproca, ánimo resuelto é incansable actividad en el bien; voluntad siempre dócil á la autoridad legítima y singularmente á la que puso Dios para gobierno universal de la Iglesia.

Al regresar á vuestros hogares, llevad á vuestras familias la bendición del Papa. Sed testigos para con amigos y adversarios de que pedimos al cielo, tan viva y ardientemente como nadie pidió nunca, la prosperidad de esta región de Europa en que hemos nacido, y que entre las cosas de este mundo que más deseamos, una, y no la última, es que, borrado todo disentiendo merced al vínculo de la paz, Nos sea concedido estrechar sobre Nuestro paternal corazón en un mismo abrazo á todos los hijos de la península italiana.

Llena el alma de esta esperanza y este deseo, os damos, amados hijos, sinceras gracias por las filiales manifestaciones con que habeis querido confortarnos en ésta Nuestra proveyda edad, y en cambio pedimos á Dios conceda su misericordia y su gracia á todos los que os hallais aquí presentes, á vuestras asociaciones, á vuestras familias y á cuantos están animados de vuestro mismo espíritu y cooperan en vuestras obras.

A LOS PEREGRINOS SUIZOS.

Queridísimos Hijos:

su sucesor y á Dios mismo en su Vicario. Recibiendo vuestros homenajes, vuestras felicitaciones y vuestros votos, Nos queremos, por Nuestra parte, felicitaros por vuestras disposiciones tan laudables y tan cristianas. Perseverad, queridos hijos, y mostraos cada vez más dignos de vuestros orígenes y de vuestro título de hijos de la católica Alsacia.

Mantened entre vosotros la concordia y el espíritu de familia. Que los padres no omitan nada para procurar á sus hijos una educación religiosa y que los hijos, á su vez, les den testimonio de respeto y de la piedad filial que les son debidos; que todos, en fin, permanezcan inviolablemente unidos á la religión, porque solo ella posee el secreto de hacerlos felices en este mundo y en el otro. Con este fin, y como prenda de estos favores celestiales, otorgamos á todos los aquí presentes con toda la efusión de Nuestro corazón la bendición apostólica, y esta bendición la extendemos á todos los que representáis cerca de Nos, al Clero, á las comunidades religiosas, á los párrocos y fieles de Alsacia.

A LOS PEREGRINOS DE LA LORENA.

Queridos hijos: Las antiguas glorias de la iglesia de Metz, cuyo cuadro acabais de trazar á grandes rasgos, Venerable Hermano, son un precioso tesoro que el tiempo no ha podido disminuir. Tenemos á la vista el más seguro y el más consolador testimonio.

En otro tiempo, habeis dicho, se vió á uno de vuestros predecesores venir á Roma para consagrar su celo á los grandes intereses del Pontificado. Hoy, no es solo un Obispo, no es una simple diputación; es, según lo atestiguais, todo un pueblo que acude para depositar á Nuestros pies, con su ofrenda colectiva, la expresión de su filial adhesión. De ello os felicitamos á todos, del fondo de Nuestro corazón y Nos os damos las gracias.

Lo que ayer hicisteis, lo que sois ahora, lo sereis aún más mañana, de vuelta

á vuestra Diócesis fortificados por las gracias de vuestra peregrinación. De ello tenemos la más firme confianza. Y entonces, ¿de qué trabajos, de qué éxitos no sereis capaces?

Cuatrocientos cincuenta mil fieles, animados con el verdadero espíritu cristiano, su conducta personal y su hogar doméstico, para formarlos en la virtud, ochocientos Sacerdotes, servidos por esa clara inteligencia, ese ardor constante y ese espíritu obediente que os caracterizan, y consagrándose á su ministerio con generosa abnegación en la unión más íntima con el Jefe y Padre de la Diócesis; todos, en fin, pueblo, clero, obispo, solícitos en inspirarse en las enseñanzas de la Santa Sede y á marchar por los senderos en los que señala la salud, es todo lo que hace falta para garantizar á vuestra antigua fe una nueva luz, y á vuestras obras de celo una fecundidad digna de los primeros tiempos de vuestra Iglesia.

Vosotros justificareis estas hermosas esperanzas; Nos no lo dudamos. Y para animaros en esa vía laboriosa, sin duda, pero tanto más gloriosa, Nos os damos, así como á todas las personas, á todas las familias, á todas las corporaciones, á todas las obras católicas que representais, Nuestra Bendición Apostólica.

A LOS PEREGRINOS DE BOHEMIA.

Queridos hijos: Nos nos sentimos muy emocionados por los sentimientos que, según decís, os han traído cerca de Nos para presentar el homenaje de una sumisión profunda, en vuestro nombre y en el de vuestros conciudadanos.

Al contemplaros ante Nos, diferentes en raza, pero hermanos por los sentimientos y por las ideas, Nos reconocemos el poder de unión de la fe católica que, sin distinción de personas, ni de lugares, es en todas partes y en todas una misma que une á los espíritus y á los corazones con un lazo tan íntimamente poderoso que hace, en cierta manera, de

un gran número de almas una sola alma.

Tal concordia, transportada á la vida civil, como conviene que lo sea, es de una ayuda admirablemente poderosa para el bien general.

Para unir entre sí á los hombres, para establecer una paz sincera y duradera en una ciudad, no hay poder comparable, ya lo sabeis, con el de la Religión, madre de la justicia y de la caridad, con el de esa religión, que después de haber pasado por tantas pruebas tan graves, en tiempos de vuestros antepasados, os ha llegado, por la gracia de Dios, en toda su perfección y pureza.

Para ayudarles á conservar siempre inviolable esta Santa Religión, la solicitud y la autoridad de la Santa Sede no han faltado nunca en el pasado á los católicos de Bohemia, y no les faltarán en lo sucesivo.

Nos nunca hemos descuidado á este fin nada en cuanto estaba en Nuestro poder. Si Nos hemos establecido en Roma un Instituto de educación para los eclesiásticos elegidos de Bohemia, es para que os lleven los tesoros de religión y de doctrina encerrados en la Ciudad Eterna, para que puedan defender con sus talentos y su celo y desarrollar la fe católica implantada al precio de mil fatigas por los Cirilos y los Methodos.

De vuestra parte, queridos hijos, secundad Nuestra solicitud y Nuestra benevolencia para con vosotros; que cada uno de vosotros trabaje no sólo por mantener, sino también para desarrollar vuestra adhesión á la Sede Apostólica.

Por lo que respecta á la salud de las almas y á la prosperidad de Bohemia, tened bien entendido que será siempre y tanto más feliz cuanto más honreis y améis á la Virgen Madre de Dios, *patronum* del reino, y conservando siempre este culto con la ayuda de Dios.

Nos, entretanto, pedimos á Dios de todo corazón que conserve feliz y por muchos años á S. M. el emperador vuestro rey, á su agusta familia, á los Obis-

pos, al Clero todo y á vuestros conciudadanos todos. En estos mismos sentimientos, Nos os concedemos á vosotros y á vuestras familias, como prenda de los bienes celestes y en señal de nuestra benevolencia, la bendición apostólica.

AL PATRIARCA DE LOS ARMENIOS.

Siente Nuestro corazón grande alegría al volver á ver al Patriarca de los armenios que Nos ha sido enviado de nuevo con una muy honrosa misión de S. M. imperial, el Sultán, que se complace en darnos testimonio, en forma solemne, de su soberana alegría con ocasión de Nuestro Jubileo Episcopal. Con la mayor satisfacción recibimos los dones magníficos que Nos ofreceis en su nombre, especialmente esa inscripción monumental que por su importancia histórica y religiosa, tiene tan grande valor.

Mientras que apreciamos en sumo grado tan cortés atención del poderoso monarca, Nos vemos con viva complacencia que se afirma con esto el agradecimiento deseado que ya le profesan todos los católicos sumisos á su cetro.

Gozan, en efecto, de la benevolencia especial del Sultán y de la deferencia de las autoridades imperiales, gracias á la cual poseen, en el ejercicio de su religión, una libertad tan grande como quizá algunas naciones tratan en vano de alcanzar.

Eso es para Nos una prueba luminosa del buen sentido y de la esclarecida prudencia de S. M., atendido que la equidad y la justicia, gloria insigne de las naciones civilizadas, aumentan la prosperidad de los imperios. Por lo que á Nos toca, Nos no dudamos en afirmar que los católicos, nuestros hijos, formados en los preceptos divinos y advertidos por nuestras exhortaciones, conocen bien los deberes sagrados que les unen para con sus príncipes, y lejos de abusar de tal libertad, probarán, al contrario, que cuanto más les favorezca el Gobierno imperial en sus intereses, más sabrán